desde julio 2023

Rocco, el imbécil

10.11.2026

Marta García



Foto: Nicolas Treatt

La ciudad olía a penas y orín en partes iguales. En el bar las botellas de whisky hablaban todo el tiempo de nuestros secretos. En las plazas las horas duraban años y solo segundos en los callejones. Y en el desván de un edificio olvidado por la lavandina vivía Rocco, el ser más desmemoriado del mundo y el más haragán.

Decía que era escritor sin haber escrito jamás una sola línea. Un vago de morondanga que buscaba personas dispuestas a registrar las frases que fabricaba, según él, en su cerebro perspicaz. En verdad, su cabeza solo era un depósito de chatarra lleno de ideas oxidadas las que, inexorablemente, olvidaba porque hasta su memoria tenía fiaca. Este perdedor, sin embargo, triunfaba en algo: cualquiera que se le acercaba terminaba odiando el lenguaje y el olor a pucho.

Trataba de no vivir solo porque no le gustaba hablar con las paredes, las que tampoco gustaban de él. Necesitaba a alguien que lo escuchara las 24 horas y almacenara en la mente el basural de las frases que le surgían entre un eructo y un bostezo. Ese alguien siempre era una mujer. Las elegía tristes, desnutridas, casi desnudas y con morrales repletos de hambre, que le aceptasen cualquier exceso por un sánguche, un vestidito y algunas monedas. Y que al menor chasquido de sus dedos cayeran rendidas a sus pies como si estuvieran limpios para registrar las estupideces del divino Rocco. Así lo llamó su mamá, demasiado emocionada para aceptar lo lamentable, al ver a ese bebé que ya traía la cara de tahúr que conservaría toda su vida.

La última mujer fue Giulia, la que en cada cosa que él le decía sin darle nada tuvo que soportarlo todo.

—Es el inicio de un cuento que me hará famoso y me llenará de dinero. Te podré llevar a reencontrarte un par de días con tu familia en Botswana… ¿o eras del Impenetrable? ¿Cómo te llamabas vos?… ya no me acuerdo, está demasiado lleno mi cerebro con mis ocurrencias literarias como para acordarme de dónde saliste, en fin, de donde seas…y volvemos rapidito, como te llames, para seguir recibiendo mis premios.

Giulia había perdido el privilegio del sueño y de la comida caliente. Le costaba terminar su sánguche frío diario tranquila, sin que el divino Rocco le reclamara su atención. Él jamás se callaba y sus frases se volvían cada vez más estúpidas. Ella nunca protestaba por esa violación permanente a su espacio personal. Y no es que había bajado los brazos. Solo estaba esperando el momento indicado para evaporarse.

Como ya no le quedaba espacio en los circuitos cerebrales para guardar tantas porquerías del imbécil, las empezó a colocar en su torrente sanguíneo, en sus jugos

gástricos, en la saliva, en los fluidos vaginales, en la orina. Ya no procesaba palabras, las filtraba. Y todos sus líquidos orgánicos fueron invadidos por la mugre.

Hasta que un día, sobre la avenida General Paz, en un bar que había visto morir muchas cosas, Giulia se volvió líquida. Una lluvia con sonido a escape roto estalló sobre la ciudad y entre copas y truenos, sin darnos una señal, ella se deshizo. En su lugar, un charquito tibio lleno de frases inútiles quedó latiendo sobre el suelo. El mozo lo secó sin hacer preguntas, ya estaba acostumbrado a ver personas disolviéndose de hastío. Pero esta vez al estrujar el trapo de piso en la calle sintió que despedía a una amiga.

El divino Rocco la buscó con la desesperación de un tramposo quebrado buscando un prestamista en barrios más tramposos que él.

—Y ahora quién atesorará mis frases —le preguntaba a las esquinas— ¿Ya ninguna mujer necesita un sánguche, una pollerita y algunas monedas? Qué me has hecho, como te llames... te llevaste todo lo que te dije, ladrona. ¡Devolveme lo que eras! ¿La vieron?... ¿Ustedes la vieron?

Estuvimos a nada de decirle que ella no se había llevado nada y que todas sus porquerías estaban en un charquito, que le pregunte al mozo o a las alcantarillas. Pero verlo sufrir resultó tan maravilloso que hasta las esquinas se callaron la boca.

Como nadie lo escuchaba se dio por vencido sin luchar. Un haragán. Y recluyéndose en el desván con una botella de whisky esperó que la borrachera lo convirtiera en Bukowsky. Pero el realismo sucio no quería a semejante roñoso cerca de sus versos y sus tragos y antes de empezar se escapó de la botella dejándolo sin palabras.

Al final, el divino Rocco quedó solo, rodeado de botellas vacías que no le dirigían la palabra y pensamientos que no sabía escribir. Y no le quedó otra que hablar con las paredes que lo despreciaban.

Así nació Rocco, el imbécil, como llamamos hoy al apestoso. El que escribía libros de autoayuda entre cuatro paredes que no lo ayudaban, ignorándolo con más humanidad que revoque. El que evitaba salir los días lluviosos porque en la ciudad aparecían charcos como sombras con dientes y siempre se resbalaba y caía en alguno. En el bar cruzábamos los dedos para que su fin sucediera en el charco que todos deseábamos, ese que lo esperaba con la paciencia de una trampa. Y que le hiciera tragar sus palabras.

Cuando el mozo lo encontró con la cara hundida en un charco, festejamos en el bar el deseo cumplido. Hasta que nos dimos cuenta de que con la pérdida de Rocco también

la habíamos perdido a Giulia. Nos quedamos mudos.

Desde entonces, la buscamos en las botellas de whisky. A veces emerge y nos devuelve la palabra. En otras, simplemente, nos ahoga.



Marta García

Contame-la →
